

## BINOMIO DE LA ACTUALIDAD EUROPEA

Dos hechos, quizá resolutorios, han venido a dar a la actualidad política de Europa la forma sencilla de un binomio: comunidad de defensa y acuerdos con Alemania. Por la Conferencia de París ha quedado concertada la defensa de Europa en un sistema de solidaridad: por la de Bonn, la Alemania occidental —unos 45 millones de almas— se incorporará a la suerte de la comunidad atlántica. Así expuestas las cosas, la situación parece clara. No obstante, conviene poner cortapisas al optimismo. Ni el acuerdo de París ni el de Bonn son todavía realidades, sino propósitos. Propósitos tomados, es cierto, pero todavía sin llevar a la práctica. Han de pasar aún por las horcas caudinas de los Parlamentos y ser en firme ratificados. Hay razones de peso para dudar de que esa ratificación sobrevenga sin tropiezos. Es, sobre todo, muy titubeante la actitud de Francia. Pero dando por supuesto —y suponer es quizá en demasía— que los propósitos de París y de Bonn se conviertan en realidad viva, ¿cuál sería la coyuntura que resultase de la nueva situación creada en Europa? Por lo pronto, la euforia que siguió a los acuerdos de París y Bonn se ha disipado y andan por el aire presagios de dificultad.

### ENCRUCIJADA DIPLOMÁTICA.

Analizando los hechos principales que en la actualidad constituyen el engranaje de la diplomacia mundial, cabría sospechar un trance de perplejidad y encrucijada. A pesar del acuerdo de los «tres grandes» de Occidente, a saber: Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia, en relación con la Alemania del Oeste, late por debajo de las apariencias una realidad de compromiso posible con la Unión Soviética. Desde luego,

hacia ese compromiso conspiran las intrigas de París y se inclinan los cálculos de Londres. Esa, al menos, es la tendencia que, de modo más o menos explícito, han apuntado los titulares de la política exterior de Francia y Gran Bretaña, R. Schuman y A. Eden.

Para colaborar con estos «amigables componedores» ha decidido quizá Moscú destacar de embajador en Londres a Gromiko, el meteoro brillante de la diplomacia soviética, ducho en la técnica de mantener los fueros de la intransigencia de fondo, mostrándose fácilmente asequible y contemporizador en la superficie. ¿Qué pretende Rusia? Se puede imaginar, sin ninguna gratuidad, que Rusia busca algo que coincide mucho con lo que Francia quiere, en lo que atañe al futuro de Alemania. Si Francia, desde la extrema derecha gaullista a la extrema izquierda comunista, se mueve por temor al resurgimiento del poderío alemán, no es ninguna cábala infundada atribuirle a Rusia semejantes motivaciones de conducta diplomática. En este aspecto, la constante alianza ruso-francesa es un hecho histórico.

Y, naturalmente, Gran Bretaña prefiere mantenerse en árbitro de esa polaridad que la diplomacia ha venido formando entre el bloque germánico, de un lado, y el bloque francoruso, de otro lado. El papel de tercero en discordia le va pintiparado al Reino Unido, que de ese modo se sitúa al margen de los problemas inmediatos de la política continental y resta tantos a la fuerza expansiva de la industria alemana, que, dejada en plena libertad, propende a contrapesar de manera peligrosa a la industria británica. Alemania, que para Francia y Rusia es un potencial enemigo militar —un Ejército—, para Gran Bretaña es un potencial enemigo económico —una industria—, y por eso existe la posibilidad permanente de compromiso triangular Moscú-París-Londres, a pesar de todos los convenios que en otra dirección se formalicen.

Ahora mismo parecen trabajar de consuno Francia, Gran Bretaña y Moscú para convencer a los Estados Unidos de que se puede llegar a la unificación de Alemania sobre otra base que la integración militar de la República de Bonn en el dispositivo militar y económico del Pacto del Atlántico. Aunque en un primer impulso la diplomacia de Washington se mostró malhumorada por el propósito de convocar una conferencia «a cuatro voces» para replantear el problema alemán, hay indicios de que la cuestión se va sentando en términos, si no de concesión llana y simple, al menos de admisión condicionada. Una reunión de téc-

nicos para estudiar si de veras existe ánimo de concordia sobre la unificación de Alemania está dentro de las cosas más posibles.

Las cancillerías de los «cuatro grandes» no se sienten seguras de haber acertado en su conducta ni en sus decisiones tomadas durante el último año.

Un como examen de conciencia se advierte en la atmósfera internacional. Temen acaso que, de no tomar nuevos contactos diplomáticos a fondo, el sesgo del acontecer podría derivar por cauces dramáticos.

Y se disponen nuevamente al diálogo diplomático. Los temas de ese diálogo van a ser vidriosos: unificación de Alemania y fijación de un estatuto de paz para el futuro, tratado de paz con Austria, cuestión del rearme y su posible zanjamiento. Esto sin contar otros asuntos tan peligrosos como la guerra de Corea, carrera de armamentos atómicos, etc. En relación con el desarme, está sobre el tapete del organismo correspondiente el proyecto que a fines de mayo —el día 28— presentó el delegado permanente de Gran Bretaña en las Naciones Unidas. Sir Gladwin Jebb, aunque ponente del proyecto, no es su autor; la redacción del laborioso plan había entretenido, durante varias semanas, a un grupo de técnicos ingleses, franceses y norteamericanos. Los tres Gobiernos de Washington, Londres y París se han comprometido en él y lo han adoptado por contrapropuesta al plan que Rusia había anticipado. La base del proyecto tiende a fijar un compromiso sobre el número máximo de soldados que cada nación podrá tener sobre las armas. Ello habrá de calcularse sobre un complejo de factores: volumen de población y territorio, longitud de fronteras, cuantía de los recursos económicos, etc. El objetivo del plan es establecer un equilibrio de poder en cada región y en el mundo en general. Aparece aquí de nuevo la famosa teoría británica sobre la balanza de fuerzas compensadas, que ha sido, a lo largo de dos siglos, el motor de la diplomacia de Gran Bretaña. Una de las fórmulas de ese proyecto de desarme limita el máximo de las tropas permitidas a los Estados Unidos, Unión Soviética y China a un millón y medio para cada país, y señala en setecientos mil y ochocientos mil el tope de soldados para Gran Bretaña y Francia, respectivamente. Para los demás Estados, los Ejércitos se mantendrán en el límite del 1 por 100 de su población. En estas cifras se contabilizan toda suerte de fuerzas armadas, inclusive las de policía paramilitar. La respuesta del delegado soviético a este proyecto occidental de desarme fué de índole negativa,

Malik insistió en la propuesta rusa, que, como es sabido, se concreta en reducir en un tercio las tropas de las grandes potencias a su nivel de normalidad y declarar prohibido el uso de armas atómicas. Naturalmente, siendo el volumen del Ejército soviético muy superior a los Ejércitos que normalmente recluta y moviliza el mundo occidental, si la propuesta de Malik prevaleciese, Rusia seguiría disfrutando de una situación de ventaja en este terreno. La finalidad buscada con su proyecto por los «tres grandes» de Occidente la cifró Sir Gladwin Jebb en proporcionar la atmósfera de confianza que se necesita para ir a un arreglo general acerca de la energía atómica y convocar la deseada Conferencia Mundial del Desarme. Por tanto, aun dando por firmes los acuerdos de París y de Bonn, siempre se entenderían condicionados a lo que la Comisión del Desarme, que delibera en las Naciones Unidas, resolviese con relación a los problemas militares y de seguridad. Importa insistir que los acuerdos de París y de Bonn están siempre flanqueados no sólo por lo que en su día pueda decidir la Comisión de Desarme, sino que también se condicionan entre sí: no hay Comunidad Europea de Defensa sin la integración de Alemania. Se pudiera formular este dilema: o vale el acuerdo de Bonn, o no vale el de París. Y a la recíproca. La ratificación de uno significará, por lógica irrenunciable, la ratificación del otro. Por eso los Parlamentos de París y de Londres, en su afán de apurar las posibilidades de negociación con Moscú, han considerado «in solidum» ambos acuerdos, sin resolverse a emitir voto por el momento. Mientras tanto, la diplomacia soviética mueve sus influencias para demorar la puesta en práctica de los acuerdos de París y de Bonn, pues no ignora que, una vez en marcha el sistema de la Comunidad Europea de Defensa, con Alemania de pieza clave, la coyuntura política y estratégica habría cambiado desfavorablemente para Rusia en el mundo.

#### LA SITUACIÓN ACTUAL DE EUROPA.

No cabe duda de que los recientes acuerdos conspiran en crear una nueva Europa Occidental, bloque homogéneo y bien armado, que en su día habrá de contrastar a la Europa oriental que ahora se está organizando con el catalizador del Ejército soviético en la entraña. La idea es clara: en el Occidente de Europa se ha operado —como secuela del desas-

tre bélico— un vacío de poder político y estratégico, y a llenar este vacío han venido los acuerdos de París y de Bonn. Conviene recordar a este respecto, las obligaciones internacionales que, ya de atrás, habían ido tomando los Estados occidentales, pues en ellas apuntaba la tendencia que ahora es clara dirección antisoviética. Ahí está, ante todo, el Pacto del Atlántico que engloba en su ámbito estratégico, al lado de los Estados Unidos y Canadá, catorce Estados europeos, pero no la Alemania occidental. Viene después la llamada Unión Europea, con seis Estados miembros, incluida la Alemania occidental. En tercer lugar, hay que tener en cuenta la que cabe decir esfera de competencia de las tres grandes potencias occidentales —Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia— que, en su calidad de potencias de ocupación, desempeñan efectivamente la soberanía de la Alemania occidental y la seguirán desempeñando hasta tanto que el contingente de tropas —12 divisiones— de los alemanes del Oeste sea creado, y que, en el mejor de los casos, tardará todavía alrededor de dos años.

Estos ámbitos o esferas de competencia se cruzan y, en no pocas ocasiones, rivalizan unos con otros. Tal situación de complejidad y los antagonismos nacionales que reaparecían a cada paso, han sido causa de las enormes dificultades y engorros que hubo forzosamente que vencer para llegar a la formulación de los acuerdos sobre la Comunidad Europea de Defensa y sobre la incorporación de Alemania a esa Comunidad. Baste señalar que las resoluciones tomadas sobre Alemania en Bonn y París han ocupado 33 sesiones plenarias de los negociadores y centenares de conferencias de los expertos o técnicos.

Laboriosa gestación para un parto diplomático que aún espera al bautizo de la ratificación parlamentaria.

Ahora bien: frente a esta realidad de los compromisos ya «literalizados» y firmados, se alza en todos los países occidentales una voluminosa oposición: en Francia, los neutralistas; en Inglaterra, los bevanistas; en Alemania, los socialdemócratas. ¿Qué argumentos barajan los opositores? Los socialdemócratas alemanes declaran que la integración de una Alemania occidental armada en el bloque de la Comunidad Europea de Defensa, ensancha y ahonda el foso entre el Este y el Oeste y perpetúa la división de Alemania en dos. Por otra parte, piensan los socialdemócratas que la protección militar aliada es harto débil para impedir que la Alemania occidental se convierta, caso de guerra, en primera línea de

combate, detrás de la cual los aliados habrían de repliegarse hacia un nuevo Dunquerque. El neutralismo francés —que corre de la extrema izquierda a la extrema derecha— especula con la aversión del contribuyente a pagar los cuantiosos gastos del rearme y polemiza con razones sofisticadas acerca de la radical injusticia de que adolece toda coalición para propósitos bélicos. Los neutralistas, al rechazar la licitud de toda guerra preventiva, rechazan también por inmoral la preparación para la guerra en general, haciendo caso omiso de que en el horizonte se adviertan claros indicios de que el hipotético enemigo se dispone a atacar. He ahí el sofisma, pues si la preparación para la guerra es ilícita, sin más, por sí misma automáticamente se deja franco el postillo para que entre por él la violencia. El «bevanismo» pretende que se está sobreestimando el poderío y deseo de agresión de los soviets, y dice que la mejor defensa de Occidente consiste en aprovechar todas las energías para elevar el nivel de vida de la sociedad y no para acometer empresas militares.

Bien se ve que el pesimismo es la musa inspiradora de los socialdemócratas alemanes, que no hallan otro camino para la paz, sino el de la neutralización rigurosa de Alemania. Ni ellos, ni los sofistas del pacifismo francés, ni el redentorismo —un tanto materialista— de los «bevanistas», se percatan de que una Europa inerte será siempre una tentación para la voracidad del oso soviético.

#### POSTURAS ANTE LOS ACUERDOS DE BONN Y DE PARÍS

Analicemos ahora las posturas que, en relación con los acuerdos de París y Bonn, han adoptado los países a quienes de un modo principal afectan, directa o indirectamente, las cláusulas que los informan. Son reacciones divergentes en unos casos, opuestas diametralmente en otros.

Empecemos por Francia. Sólo después de mucho forcejeo logró Washington doblegar a París para que transigiese con la participación de Alemania en la Comunidad Europea de Defensa. Ya se sabe que la postura francesa de resquemor y prevención contra Alemania está, al menos en un sentido subjetivo, justificada con el hecho de que, en el espacio de setenta años, el suelo francés hubo de trepidar con las cabalgatas de los ejércitos teutónicos. Los franceses tienen clavadas en el corazón estas fechas: 1870, 1914, 1940. Adalberto Weinstein —el autor del libro *Armee*

*ohne Pathos*— escribía en el periódico *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, del 30 de abril, este párrafo, notable por la lucidez del juicio y por la ponderación de la realidad política: «*Para el pueblo francés, el peligro soviético no es una situación sentida como real; de otra parte, por mucho que nosotros (los alemanes) nos esforcemos, con pruebas históricas al canto, por destruir la leyenda de la triple invasión de Francia por Alemania, reduciéndola a la realidad incontestable de una invasión única, —la decretada por el Gobierno alemán de 1939—, los franceses no aceptan semejante tesis. Los rusos (para los franceses) han sido sus aliados en dos grandes guerras; y los alemanes sus enemigos. En su subconsciente, está más ligada a la idea de peligro Bonn, como heredera de Berlín, que no Moscú. Falta, pues, el móvil principal —a saber: el deseo de una alianza necesaria para defenderse de una amenaza— que lleve a los franceses a amistar con los alemanes. Lo único que realmente ha obligado a los franceses a ocuparse, al menos teóricamente, de Alemania como posible compañera (en el juego de las alianzas), ha sido la insistencia americana. Pero el deseo de Washington, aún con toda su comprensión para la actitud francesa de recusación contra cualquier rearme alemán, no ha desconcertado siempre a la diplomacia del Quai d'Orsay. París creyó haber realizado y bloqueado a la vez la sugestión americana por medio del Plan Pleven. Con grande sorpresa de los franceses, los alemanes tomaron en serio ese Plan, cosa que a París no se le había pasado por la cabeza. Cuando, a su vez, Eisenhower, que primero había preferido una docena de divisiones alemanas, se apropió, por una inspiración intuitiva, de la idea que estaba en la base de la integración exigida por el Plan Pleven, el primer paso estaba dado. Por tanto, desde el punto de vista francés, el Ejército europeo debe su nacimiento a una escapatoria y no a una convicción.»*

Hasta aquí, el sesudo escritor alemán Adalberto Weinstein. Para el mismo autor, lo conseguido en París merece adjetivarse de *ejemplar*.

La opinión francesa, no obstante, ha reaccionado de modo obvio contra el acuerdo de París y su eco de Bonn. El comunismo, el socialismo, el gaullismo y el viejo radicalismo se han sentido alarmados por la presencia del soldado alemán en la Comunidad de Defensa. Y han arremetido contra Robert Schuman, como negociador de los acuerdos. Este viejo alsaciano, conmitón que fué de Adenauer en su mocedad —juntos estudiaron en la Universidad y juntos vistieron el uniforme de la Wer-

macht—, se halla ahora, después de cuatro años de laboriosa gestión al frente del Ministerio de Asuntos Exteriores, a punto de ser torpedeado por una Asamblea (Parlamento) que se muestra reacia a aprobar los acuerdos de París y de Bonn y quiere cargar el fracaso a quien los negoció. Y es que tanto el «pool» siderocarbonífero, como el Plan Pleven sobre el Ejército europeo, que parecían hábiles subterfugios para englobarse a Alemania dentro de la hegemonía francesa, han resultado magnitudes excesivas para encerrarlas en la cañida demográfica y económica de Francia. El caudal que se quería aforar con medida francesa, rebasa el cauce que se le había trazado. Alemania no cabe en la escala de Francia. Ni siquiera será realmente posible la paridad, pues la potencialidad económica y la demografía alemanas son tan superiores a las de Francia, que ésta forzosamente ha de quedar supeditada a tal superioridad. Es algo que no se puede remediar: Francia tiene corta envergadura para abarcar la gigante corpulencia de Alemania. Y esta desazón está ahora concomiendo a los franceses, que se encuentran con que sus propios planes —tramados cautamente para su seguridad— se les independizan y se les hacen inmanejables. Le pasa a Francia así como si hubiera construido unos instrumentos tan colosales que, mientras para ella le son inútiles por desproporcionados, le resultan a Alemania cortados a su medida gigantesca.

Por lo que atañe a Alemania, hay que distinguir dos fases: en la primera, durante la negociación de los acuerdos, los partidos gubernamentales y las clientelas electorales que les siguen, mostraron plena aceptación y pudo Adenauer suscribir con cierta confianza las estipulaciones; en la segunda, después de firmados los compromisos, se operó una profunda alteración de criterio en el pueblo alemán y hasta en los propios partidos representados en el Gobierno. El partido demócrata cristiano, de Adenauer, se escindió en dos tendencias: la más numerosa, la de los elementos jóvenes, tomó la iniciativa de que sería mejor aguardar a que de una Conferencia cuatripartita entre los cuatro poderes ocupantes saliese la unificación del país, y después ya se vería el rumbo más seguro hacia el porvenir de Alemania; la otra, la de los elementos más ancianos, con Adenauer por guía, porfiaba en avanzar por el camino marcado en los Acuerdos. ¿Por qué esta mutación? Rusia había maniobrado con astucia, lanzando a la publicidad la idea que encandila a todos los alemanes: una conferencia para pactar la unificación de Alemania. El propio Stalin había formulado el principio político de que: «La existencia de una Alemania



pacífica junto a una Unión Soviética pacífica, elimina la posibilidad de nuevas guerras en Europa y hace imposible la sumisión servil de los Estados europeos al imperialismo mundial.» La flecha de Stalin apunta indudablemente hacia Washington. En un sondeo de la opinión pública alemana, llevado a cabo por el Instituto Gallup, el presente mes de junio, a raíz de los Acuerdos, el 62 por 100 de los preguntados se expresó a favor de la neutralidad. ¿Había sinceridad en las respuestas? Habrá que sospechar que, dadas las circunstancias, los alemanes obran aun por el recuerdo vivo del desastre reciente. Es posible que una encuesta similar en Francia habría arrojado un porcentaje quizá superior de neutralidad. Y lo mismo cabe decir de Inglaterra o cualquier otro país europeo. La paz es un anhelo profundamente sentido por los hombres de toda raza y condición. Sondeos de esta índole tienen un valor muy relativo. La guerra nadie la quiere, pero, si peligran la Patria o están en juego los valores permanentes de la cultura en que se vive, hasta los pacifistas más contumaces suelen trocarse en valerosos soldados. Sólo los pueblos degenerados y acostados en la molición sacrifican el honor a la comodidad. Lo indudable es que la mayoría de los alemanes alteran el orden en que estaba planteado el problema en los Acuerdos de París y de Bonn, a saber: primero, unificación del país; después, las alianzas que sean precisas y las obligaciones que de aquellas alianzas se deriven. En este aspecto, cabe pensar que Kurt Schumacher —jefe de la socialdemocracia— está más identificado con la opinión mayoritaria del electorado, que no Adenauer. Pero sería deducir demasiado, si de esta premisa se sacase la conclusión de que, en un posible torneo electoral, la socialdemocracia fuese a ganar la mayoría y desplazar a los demócratas cristianos. En la decisión electoral entran factores más complejos y prueba de ello es que, en los comicios locales de Hesse, celebrados recientemente, los socialdemócratas bajaron del 44,4 por 100, obtenido en 1950, al 38,5 por 100.

La realidad parece probar que Alemania no está, ni mucho menos, entusiasmada con la idea de integrarse en pie de igualdad con los ocupantes occidentales a una Comunidad defensiva, mientras no se haya resuelto previamente su estatuto de nación soberana, unida e independiente. Este es el sentimiento que fluye a través de los corazones alemanes, sin telón de acero que lo pueda detener.

Alemania occidental se ha manifestado claramente a favor de una Conferencia «a cuatro voces» entre Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia y

Rusia para resolver la unificación alemana. Esa conferencia habría de celebrarse en Berlín, y en ella se tendrían en cuenta los deseos del pueblo alemán, que quiere a todo trance y antes de nada formar una sola Administración, un sólo Ejército, una sola Policía y un sólo Estado.

Los dos partidos más importante de Alemania —el demócratacristiano, que ejerce ahora el Gobierno, y el socialdemócrata, que está en la oposición— coinciden en la propuesta. Ha habido dos semanas de intenso cabildeo entre ambos partidos para llegar a esta decisión común. Donde el partido demócratacristiano se ha expresado en términos más tajantes propicios a exigir la previa discusión de la unidad alemana ha sido en Berlín. La obsesión de este grupo joven y dinámico de la democracia cristiana se cifra en abogar para que no se tolere que las eventuales conversaciones entre los cuatro ocupantes de Alemania retrasen o difieran indefinidamente el problema de la reunión de las dos zonas del país hoy separadas. En cambio, el canciller Adenauer teme que la iniciación del diálogo entre los ocupantes impida la ratificación pronta de los acuerdos de Bonn —paz con la Alemania del Oeste— y de París —Ejército europeo con participación alemana—, con lo que se prolongaría la actual enojosa situación de inseguridad política. A pesar de que Adenauer se ha visto en el trance de acceder a los deseos de la mayoría de su partido para evitar la escisión, parece que ha hecho saber a los aliados occidentales que no concurren a una conferencia con Rusia hasta tanto que los acuerdos de Bonn y París estén ratificados por los Gobiernos signatarios.

Pero Schumacher, al frente de su partido, y, por su parte, el ala izquierda del partido demócratacristiano, se resisten a dar por válidos unos acuerdos como los antedichos, por estimar que han sido negociados mientras Alemania se hallaba maniatada. «Tales tratados forzosos no pueden atar el futuro de Alemania», ha afirmado el jefe socialista. Y semejante es el criterio de la mayoría de los demócratas cristianos. De aquí la difícil postura en que Adenauer se encuentra y la perplejidad con que actúa.

No hay duda de que los alemanes, en términos generales, quieren, antes de nada reunirse en un Estado único y unido con capital en Berlín. Después pasarían por pactar con unos y con otros de los vencedores. Pero hasta que la unificación no sea una realidad, los alemanes no gustan de encasillarse ni en lo político ni en lo militar con nadie. A este criterio coadyuva la rémora con que tropiezan los acuerdos de París y Londres para ser ratificados en los Parlamentos francés y británico, a pesar de las

insistentes recomendaciones que Washington ha hecho a ambos Gobiernos durante las semanas últimas.

Gran Bretaña —ya lo insinué más arriba— fluctúa entre la postura negativa de Francia y la capciosa proposición unificadora de Rusia. Se queda nadando entre dos aguas. No hay que extrañarse: por una parte, los ingleses piensan que Alemania puede ser peligro grave con su potente industria desencadenada a producir maquinaria y copar mercados; pero por otra parte, no dejan de temer que Europa, sin el peso equilibrador y central de una Alemania recuperada, pueda caer del lado soviético. Y de ahí que Londres esté perplejo y acaso sueñe con la reviviscencia de aquella balanza continental de poderes, que fué posible solamente mientras existió como gran potencia el imperio austrohúngaro, ahora abolido y en sus cuatro quintas partes ocupado militar y políticamente por la Unión Soviética. A pesar de todo, Inglaterra no caerá en el simplismo francés de querer una Alemania inerte y mediatizada, porque sabe que tal intento está de antemano condenado al fracaso. Esperar a que se levante la niebla no es lo mismo que tomar la resolución de afinarse.

¿Y los Estados Unidos? Aquí ya caben pocas dudas. Los estadistas y los estrategas de Washington podrán diferir en matices, pero forman un sólido bloque de coincidencia. Para Norteamérica es Alemania una necesidad en el ajedrez de la estrategia, de la economía y de la diplomacia. Habitados a pensar por ecuaciones, los norteamericanos han llegado a formularse este teorema: Alemania recobrada = Seguridad europea. Han medido sus propias posibilidades y saben que no bastan para el colosal empeño de bloquear al comunismo y cocerlo en su propia salsa de deportaciones, deportaciones y terror, hasta que se agoten sus energías y se asfixie en su soledad aislada. En cierto modo, Norteamérica va haciéndose, por sus pasos, lentamente, a la idea de que Alemania —como el Japón— debe ser su aliada. Y a esa entrañada convicción conspiran todos los manejos de la diplomacia yanqui. Sobre este particular no hay diferencia entre demócratas y republicanos. Acaso sea éste el punto en que más clarividencia han mostrado la diplomacia y la estrategia norteamericanas. Y como el punto es realmente central y decisivo en el cálculo de probabilidades hacia el mañana, cabe confiar en el éxito de Norteamérica, si logra su propósito de atraerse a su campo la potencialidad de Alemania. También aquí vale la ecuación de: Alemania + Estados Unidos

= Hegemonía del mundo. Ecuación que también admite, no lo echemos en olvido, esta otra formulación: Alemania + U. R. S. S. = Revolución Mundial marxista.

Para impedir la aspiración norteamericana en englobar a Alemania en su área diplomático-estratégica, está la Unión Soviética movilizandando sus peones: el pacifismo marxista es el de más considerable eficacia. La connivencia con que los partidos socialistas y los sindicatos que les confieren consistencia, actúan para estorbar el resurgimiento del Ejército alemán —aunque sea dentro de la Comunidad Europea de Defensa—, se presta a sospechar una inspiración común. Esa inspiración no puede venir, en último término, más que de Moscú, por aquello de que el autor de la jugada invisible ha de ser, forzosamente, aquel que de ella se beneficia. Aquí, el beneficiario de una Alemania separada y estanca sería la U. R. S. S.

Americanos y rusos se sienten, diríamos, más cerca de la mentalidad alemana que los franceses y los ingleses. Y luchan por ganar la partida. Tiene Norteamérica a su favor el importante tanto del alto coeficiente de sangre germánica que corre por las venas de sus estadistas y estrategas, desde Truman a Eisenhower. Aparte de esta simpatía racial y de una manera un poco o un mucho bronca que les caracteriza a norteamericanos y alemanes la conducta, hay que tener en cuenta que el Gobierno de Washington como el de Bonn son dos estructuras semejantes. La democracia formal ha dado paso, lo mismo en Norteamérica que en Alemania, a una jerarquía de hombres políticos y de funcionarios que culmina en un solo hombre: el Presidente. A medida que la Unión Soviética ha maniobrado para captar en sus redes a los alemanes deseosos de reconstruir su unidad nacional, los Estados Unidos han ido afinando su afinidad política con el Gobierno federal de Bonn y colaborando con él en las propuestas diplomáticas. Haciendo suyos los deseos de Alemania, sean expresados por el canciller Adenauer o por el jefe de la oposición Kurt Schumacher o por el obispo Niemoeller, los Estados Unidos demuestran que están resueltos a no perder la baza de la amistad alemana, con lo que esa amistad significa para la economía y la estrategia occidentales.

LAS DOS EUROPAS : BALANCE

Si quisiéramos ahora, después de lo dicho, establecer un balance entre las dos Europas, la occidental y la oriental, con vistas a un cálculo de posibilidades militares y económicas, habríamos de atenernos, por vía de indicio, a dos aspectos o campos: el militar y el industrial. Cotejando las cifras que arroja la investigación en uno y otro terreno, el poderío de la Europa occidental, aun sin incluir en ella a Gran Bretaña ni Irlanda, es muy superior al de la Europa oriental. Entiendo por Europa occidental la que está comprometida por los Tratados que he citado más arriba, a saber: el del Atlántico, Unión Europea y Benelux y Comunidad de Defensa. Y entiendo por Europa oriental el conjunto de países que, más allá del telón de acero, forman un coro de satélites en torno a la U. R. S. S.

La Europa occidental, comprometida ya por estipulaciones, más o menos firmes, a una defensa común, está compuesta por los siguientes países continentales: Alemania (la regida por el Gobierno de Bonn), Bélgica, Francia, Holanda, Luxemburgo, Italia, Portugal, Dinamarca, Noruega, Grecia, Turquía.

La Europa oriental la constituyen de hecho, aunque sin una estructura diplomática que la regule, los siguientes pueblos: República Popular Alemana, Checoslovaquia, Polonia, Países Bálticos, Hungría, Rumania, Bulgaria, Albania.

Considerando a Yugoslavia como situada en «tierra de nadie», queda por señalar la particularidad de que el bloque de países neutrales, que en Europa está fuera del dispositivo diplomático elaborado por los compromisos de mutua ayuda, pertenece por sentimientos y cultura a la órbita occidental y en ella se integrarían, con probabilidad, si un conflicto armado estallase. Esos países neutrales forman un conjunto decisivo por su potencialidad económica y militar. He aquí el grupo: Suecia, Suiza, España, Irlanda. (Dejemos entre paréntesis a Finlandia.)

Y hay todavía que puntualizar que el Reino Unido de Gran Bretaña —con su séquito poderoso de Dominios y Colonias— e Islandia, aun no formando parte del Continente europeo, están ligados a la suerte de éste y son signatarios de la Comunidad Defensiva occidental.

Detrás de esta Comunidad y obligados por cláusulas contractuales, se encuentran el colosal poder de los Estados Unidos y la no desdeñable

fuerza de Canadá. A su vez, Rusia alienta y sostiene con su Ejército el bloque de la Europa oriental.

A simple vista se puede calcular que, en caso de conflicto entre ambas Europas, la occidental reuniría un volumen muy superior de posibilidades. Nos lo prueba este cuadro que, en cifras redondas, nos da la producción de acero de ambas partes, actualmente :

Europa occidental	72.892.000 ton. (cifra oficial).
Europa oriental	8.000.000 » ( » aproximada).

Estas cifras están subiendo y pueden quizá doblarse en caso de necesidad, al menos por lo que atañe a algunos países productores. Baste apuntar que Alemania occidental, con toda la inmensa productividad de acero que le permite su estructura fabril, ha de limitarse al tope máximo de los doce millones de toneladas por año. En el año 1941 alcanzó Alemania la cifra aproximada de los 40 millones de toneladas de acero. En la Europa oriental, la producción puede aumentar hasta un límite relativo. Difícilmente más allá de los quince millones de toneladas.

A esta producción de acero de ambas Europas, hay que sumarle la que pueden poner en cada platillo de la balanza los colosos que están detrás de una y otra parte, a saber : Estados Unidos y Rusia. Aquí la desproporción mantiene desniveles similares. La productividad de los Estados Unidos triplica, por lo menos, a la de la U. R. S. S. En el año 1944, por ejemplo, cuando uno y otro país tocaron la cima de su producción de acero, las cifras eran del tenor que sigue :

U. S. A.	81.000.000 millones de toneladas
U. R. S. S.	21.000.000 » »

Actualmente los Estados Unidos andan ya rozando los cien millones de producción, según se afirma, y la U. R. S. S. no ha rebasado los veinticinco.

Ni agrupando a estas producciones la de los países que, sobre el papel, serían aliados de uno y otro bando, en su conflicto, varía la proporción. Más bien se acentúa el desnivel. Veámoslo :

*Aliados soviéticos*

Manchuria	530.000 ton. (año 1944).
China	50.000 » ( » 1934).

*Aliados de Europa occidental*

Comunidad Británica ... ..	5.000.000 ton.	(año 1944).
Hispanoamérica ... ..	1.000.000 »	( » » ).
Japón ... ..	6.000.000 »	( » » ).
Suecia ... ..	1.500.000 »	( » » ).
España ... ..	500.000 »	( » » ).

O sea, que la producción global de acero de la Comunidad de Defensa occidental podría llegar a la cifra gigantesca de 168.892.000 toneladas, contra la exigua cifra de 29.580.000 toneladas que le corresponderían al bloque oriental o soviético. (Dejo sin contabilizar los dos millones escasos de toneladas de acero que produce la India y que, en caso de emergencia, también se sumarían probablemente a la Comunidad occidental.)

Distinto es el balance que, en el orden del reclutamiento militar, saldría de contabilizar, país por país, en las dos Europas, el número de cada quinta o leva de soldados. Pero ha de tenerse en cuenta que en las guerras modernas —ni siquiera en las antiguas, más que hasta un cierto límite, díganlo las Termópilas y díganlo Otumba, Cuzco, etc.—, se impone la calidad y la técnica sobre la cantidad y la masa aborregada. Una división mecanizada puede deshacer en batalla campal a un ejército a pie y escasamente artillado. El módulo de fuego de que dispone una división blindada no es el de una división a secas. Y lo que, en fin de cuentas, triunfa, es la capacidad de maniobra y la potencia de fuego. Un ejército motorizado y con arrolladora capacidad de destruir obstáculos en su marcha, no puede ser contrastado por el número.

Hasta ahora, el número de divisiones de la Europa oriental excede notablemente, según conjeturas, al de la Europa occidental. La Comunidad de Defensa acordada en París para la Europa occidental no estará en pie de guerra, con sus 50 divisiones, hasta el año 1955, contando con que no sufra tropiezos. Tal perspectiva moverá a pesimismo a quienes ignoren la verdad de la situación. Sin embargo, cabe sospechar que ya hoy, con la docena y media de divisiones que la Comunidad Europea de Defensa tiene alineadas y armadas, resulta tan potente o más que el bloque de los satélites con sus treinta y tantas divisiones. El occidental es un ejército rápido y de gran poder perforante; el oriental no dispone más que de los medios normales de combate y movimiento. El desequilibrio está en la cercanía del gran ejército soviético, a pie de obra, como quien dice, si la guerra relampaguease en Europa.

Hacia el futuro, las posibilidades de la Europa occidental son más grandes que las de la Europa oriental, inclusive en este campo del reclutamiento de hombres para la defensa. No hay más que sumar los censos de ambas Europas y nos resulta esta proporción ventajosa para el Oeste:

Comunidad Defensiva de la Europa occidental, 246 millones de habitantes.

Bloque de satélites de la Europa oriental, 62 millones de habitantes.

Y aún queda fuera el grupo de países neutrales —todos ellos, excepto Yugoslavia— dentro de la Comunidad espiritual de occidente—, que suman 61 millones de habitantes.

Por consiguiente, en potencial industrial y en potencial humano, la Europa del Oeste prevalece arrolladora sobre la Europa del Este. Si no hubiera otros motivos de desconfianza, la situación estaba clara. Pero la realidad es que en la Europa del Oeste, se carece todavía de una conciencia comunitaria, mientras en la Europa del Este, esa conciencia la impone con su inapelable dictado la voluntad soviética. Ahora bien, si el Oeste se resiente de discordias mutuas, el Este tampoco es una balsa de aceite. La cadena de depuraciones dentro de los respectivos partidos comunistas de Polonia, Checoslovaquia, Hungría, Rumania y Bulgaria, prueba que la dominación soviética no acaba de asegurarse. Una guerra duras ambas Europas precipitaría quizá la descomposición de las dictaduras soviéticas que ahora controlan con su terrorífico aparato policial a unas poblaciones que, sin duda, añoran un tipo de vida más confortable y llevadero del que ahora padecen. Ni los checoslovacos, ni los húngaros, ni los rumanos, ni los polacos son pueblos primitivos y atrasados a los que se pueda dominar indefinidamente por el terror. Los brotes de rebeldía son allí frecuentes, y no ya solamente entre la masa de población apolítica o burguesa, sino también —y esto es lo más significativo— entre los adeptos del comunismo. El ejemplo de Tito es una continua incitación a la autonomía nacional. Es oportuno recordar que, cuando los alemanes se adueñaron de Ucrania, el descontento que en esa región había contra los soviets de Moscú, se rebeló en verdaderas explosiones y sólo la torpísima política seguida por los gobernantes nazis impidió que fraguara allí una nacionalidad soberana, de signo antisoviético. A pesar de la torpeza alemana, muchos ucranianos se alistaron en las unidades de voluntarios contra el comunismo. ¿Y será preciso recordar que el general Wlasov —ruso blanco— logró agrupar un ejército de un millón de hombres a sus



órdenes y que, al revés de lo que una propaganda mendaz ha dicho, se mantuvo hasta el final en rebeldía contra el Kremlin comunista y hasta intentó vanamente negociar su rendición a las tropas norteamericanas? Pues si eso pasó en Rusia —país de inferior nivel de vida—, después de veintitrés años de gobierno comunista, ¿se calcula lo que podría suceder en el bloque de satélites el día que prendiese una conflagración entre el Este y el Oeste? He aquí cómo, aún habida cuenta de las aparentes ventajas que hoy se le han de reconocer a la Europa oriental, a efectos puramente de cuantía en efectivos militares, la realidad se carea hacia la Europa occidental.

Por otra parte, entre los dos colosos que apoyarían uno y otro frente, la balanza se inclina abiertamente hacia los Estados Unidos. Rusia es, creo, el gigante de pies de barro, que no quiere probablemente la guerra, porque tiene la convicción de que con ella se desmoronaría su colosal estatura. Aunque sus recursos de materias primas son muchos, su industria está lejos de poder competir con la de los Estados Unidos. Además, su estructura social ofrece síntomas de inestabilidad. No hace muchas semanas —el 17 de mayo— se hacía cuestión el prestigioso semanario inglés *The Economist* acerca de un quinto poder que dentro de Rusia forcejeaba por la hegemonía política frente al partido comunista. Ese quinto poder es la casta de los técnicos. Deriva, en parte, de la famosa «intelligencia», que preparó con sus ideas el terreno para el advenimiento de la revolución bolchevique. Desde la depuración Yejov, de 1937-38, los técnicos sienten sobre sus cabezas la espada vengadora y saben que, a cada fracaso de la política comunista, sobreviene sobre ellos la acusación que les inculpa delitos de sabotaje. Los técnicos son para el partido comunista el pararrayos donde descargan las tempestades que el descontento del pueblo forma. Quien haya leído el libro del intelectual ruso G. F. Achminof, *Die Macht in Hintergrund*, se percata de que en Rusia hay una polaridad muy tensa entre el estrato de los técnicos y el estrato de los políticos. Achminof ha vivido hasta 1944 la realidad soviética y es un testigo cualificado de cargo. La manera fulminante como se desplomó por millones el Ejército soviético, en 1941, ante la ofensiva alemana, ¿no significa que la U. R. S. S. es una estructura sin más consistencia que la que le confiere su armazón policíaca? Es preciso afirmar que sin la ayuda en masa que sobre Rusia volcaron entonces los Estados Unidos y Gran Bretaña, el Kremlin se habría arrodillado ven-

cido ante Hitler. A punto estuvo de hacerlo por dos veces : en noviembre de 1941 y en diciembre de 1942. Las negociaciones para el armisticio las inició Alejandra Kolontai, en Estocolmo, donde ejercía el cargo de embajadora de la U. R. S. S. Fueron el arrollador poder industrial de Norteamérica, volcando sus tanques, sus cañones y sus vehículos automóviles sobre Rusia, y sus oleadas continuas de bombarderos sobre las zonas fabriles de Alemania y sobre los ferrocarriles centroeuropeos, los que acogotaron a la Wermacht y permitieron que la Unión Soviética se recobrara, caída y sin sentido como estaba, sobre el terreno de combate.

#### EL «TALÓN DE AQUILES» DEL OESTE.

Por paradójico que ello pudiera parecer, el «talón de Aquiles» de la defensa de Europa está en esa región límite del llamado Oriente Medio, donde tres mundos físicos y culturales se tocan y confunden : Asia, Europa y Africa. El interés que esa zona neurálgica suscita es grande en todas las grandes potencias, pero principalmente en Moscú, Londres, Washington y París. En los últimos meses se han celebrado importantes reuniones de los diplomáticos acreditados en ella. Primero, convocó a los suyos Washington; después hizo lo mismo París; por último, Londres. Los lugares de cita han sido El Cairo —para los representantes norteamericanos, bajo la presidencia del nuevo adjunto de Acheson para cuestiones del Oriente Medio, Mr. Byroade, sucesor de MacGhee—, Estambul para los representantes de Francia, y Londres mismo para los de Gran Bretaña. Franceses, ingleses y norteamericanos luchan, por un lado, entre ellos para acrecer o conservar prestigio éntre los pueblos medio-orientales; por otro lado, luchan con la Unión Soviética. De las rivalidades occidentales, que con relación a Siria y Jordania se han rubricado con sangre de magnicidios en más de una ocasión, se beneficia Moscú, cuyas aspiraciones de expansión hacia el golfo Pérsico y hacia el Mar Rojo van disimuladas tras una propaganda de carácter redentorista, irredentista y antiimperialista.

El Oriente Medio es el punto de partida para una posible invasión de Rusia. Desde esa región, de Sur a Norte, siguiendo las grandes cuencas fluviales y faldeando las cordilleras, alineadas en el sentido de los meridianos, se consumaron las penetraciones más profundas dentro de Rusia. Por ahí subieron los musulmanes y por ahí subió Bizancio. El temor a que la

empresa pudiera ser de nuevo acometida por el «imperialismo occidental» después de adueñado de las costas sur del Mar Negro y del Mar Caspio, le enfría los tuétanos a Moscú. Si durante la guerra de 1941 a 1945 le vino por el Golfo Pérsico y le penetró, Ural y Volga arriba, como inyección reanimadora y salvadora la ayuda militar y económica de los Estados Unidos y de Gran Bretaña, del mismo modo y por la misma vía le puede sobrevenir a Rusia la invasión. Ocupada por una potencia exterior la zona rusa entre los paralelos 50 y 40, que es donde está el petróleo y los principales yacimientos de carbón y hierro de la Unión Soviética, además de las gigantescas centrales de producción hidroeléctrica, Rusia quedaría prácticamente fuera de combate. Los estrategas del Kremlin no ignoran esta terrible eventualidad, y por eso, si hacia algún punto de la geografía pudieran el pánico a la invasión y el deseo de curarse en salud empujar a los ejércitos soviéticos con preferencia probable a cualquier otra aventura, es hacia el Oriente Medio, para ganarles por la mano la delantera a sus presuntos invasores. La ocupación del Oriente Medio, además de ser una fácil galopada para Rusia, pondría en su mano el 20 por 100 de las reservas del petróleo del mundo, que se almacenan en el subsuelo de Persia, Irak, Arabia Saudita, zona de Suez, Barhein y Kuwait. Con semejante hazaña, por otro lado, los ejércitos de Rusia alejarían su frontera peligrosa hacia el Sur, desde las proximidades del paralelo 40 hasta más abajo del paralelo 20.

Las querellas que entre sí se traen, unos con otros, los países de esa geografía, en que la miseria alcanza grados de infrahumanidad, pueden darle al Kremlin el pretexto para la aventura si de veras llega a formarse la certeza de que los poderes occidentales «van a por él». De aquí que la casi anunciada conferencia «a cuatro voces» —U. S. A., U. R. S. S., Gran Bretaña y Francia— que parece de inmediata celebración, haya de ser la piedra de toque que descubra a Moscú los propósitos definitivos de sus rivales. La resistencia que, en el estado actual de las cosas, podrían ofrecerle los Estados mediorientales al ejército soviético, sería casi insignificante, y la resistencia del espacio tampoco es de las que amedrentan a los estrategas. Por el Oriente Medio galopan bien los caballos y hasta los tanques-orugas. A Turquía, una vez embolsada, se la devoraría en pocas semanas.

A favor de su empresa hallaría Rusia fuertes núcleos políticos en Persia, hoy al borde de la desesperación, y no le faltarían «quintas co-

lumnas» en los países árabes, trabajados por el resentimiento contra el esquilmador «proteccionismo» de las Compañías petroleras anglosajonas, ni le pondría resistencia Israel.

Se explica, pues, que la diplomacia de las grandes potencias occidentales estudie con angustiosa premura la situación crítica del Oriente Medio.

#### FRENTE A LOS NIHILISTAS Y LOS CÓMODOS.

Creo haber trazado una clara panorámica de la situación diplomático-estratégica de Europa y sus alrededores. Equidistante del derrotismo de los nihilistas, que dicen estar convencidos de la invencibilidad soviética, y del optimismo de los cómodos, que dan por realidad sus deseos propios de bienestar a todo evento, entiendo que, con las inevitables suspicacias de todo cálculo sobre materia tan cambiante como la política, la coyuntura política del mundo está en las manos de Europa si acierta a fraguar un sistema de solidaridad continental y se equilibra con los dos grandes poderes que por el Este y el Oeste la flanquean. Pero Europa ha de caminar en estrecha colaboración con ese cuarto ángulo del cuadrilátero de fuerza, que es la Comunidad Británica y no chocar con el arrollador empuje de los Estados Unidos. De este modo, con el tiempo, podría la Comunidad Europea derivar por su ángulo la resultante del sistema de fuerza del cuadrilátero y darle sentido y dirección al mundo. La integración orgánica de la Comunidad Británica, la Comunidad Europea y la Comunidad Atlántica, en una superior Comunidad de Defensa daría por consecuencia la limitación de la Comunidad Soviética a su órbita norteaasiática y euroriental, del paralelo 40 para arriba, entre el Mar del Japón por el Este y el meridiano de Vilna por el Oeste. La paz del mundo estaría así asegurada. La ecuación salta a la vista:

$$D (B + A + E) = P.$$

(Donde D = Comunidad Superior de Defensa, B = Comunidad Británica, A = Comunidad Atlántica, E = Comunidad Europea y P = Paz mundial.)

Del mismo modo, en el área reducida de lo europeo, cabe formular la

actualidad diplomática de Europa en un binomio, del que uno de los términos sería la real existencia de un Ejército continental, el otro término sería la unidad alemana y el resultado sería la Comunidad político-económica-militar del Continente. Si llamamos E al coeficiente militar y ponemos entre paréntesis (a + b + c) a los países que han de participar en ese Ejército de Europa, y U al coeficiente de la Unidad alemana, poniendo entre paréntesis los factores que da a esa unidad trascendencia ejemplar para toda la Comunidad europea (y suponemos que esos factores son P = productividad industrial, r = racionalización sistemática del trabajo, s = solidaridad entre los elementos varios de la Economía), nos saldrá la siguiente ecuación:

$$E (a + b + c...) + U (p + r + s...) = C.$$

Es obvio que C expresa el valor Comunidad Continental.

Esquematisadas y visualizadas así la coyuntura y la actualidad de Occidente, no es difícil colegir que la tarea inmediata y apremiante de los estadistas —sobre todo de los estadistas de Londres y de Washington, pues si ellos van de acuerdo las cosas adquirirán un ritmo acelerado— consistiría, si de veras quieren asegurar el progreso pacífico del mundo, en lograr la unificación real de Alemania, la paz formal con todos los beligerantes de ayer y la retirada de los Ejércitos soviéticos a sus fronteras. Entonces empezaría la posibilidad de que la Europa oriental volviera a gravitar hacia Berlín y Viena, como capitalidades centradoras del equilibrio continental.

BARTOLOMÉ MOSTAZA



## II.-NOTAS

